

En aquellos días ya lejanos —pero todavía recuperables para mi memoria—, yo pensaba en el crimen perfecto. Un crimen que sucediera en las primeras páginas de una novela, preferiblemente en un cuarto cerrado, de manera que detective y lector tuvieran que aguzar el ingenio para descubrir al criminal que, por otra parte, debía ser alguien del que nadie sospechara, pero que, una vez descubierto, obligaría a decir al lector «cómo no lo pensé antes». Un crimen que fuera capaz de sostener toda la trama de una historia, poblado de pistas y detalles a su alrededor, todo debía reverberar, cualquier detalle debía estar cargado de múltiples significados: por qué se detuvo el reloj de péndulo del comedor a las once y cincuenta y tres de la noche, qué hacía esa corbata roja tirada en el piso al lado del muerto, por qué no ladró *Hércules* esa aciaga noche de tormenta, tan incapaz *Hércules* de hacer otra cosa que ladrar en las noches de tormenta. Un crimen perfecto sólo hasta el último capítulo, porque al final se descubre, descubrimos todos, que ningún crimen es perfecto. Si lo fuera no habría novela, el invento no se entiende sin el accidente, las pistas están ahí para que al final cobren sentido en una estructura general, la pregunta del porqué debe ser respondida, las muertes sin solución están exiliadas en el torpe y transitorio mundo en el que habitamos todos.

Pensaba en el crimen perfecto ese lunes, a las ocho y media de la mañana, en el que los alumnos de los ciclos Intermedio y Medio del Don Bosco nos encontrábamos formados en el patio del colegio, entonando el himno nacional. «Es ya libre, ya libre este suelo», era el primer día de clases «y ya cesó su servil condición». La bandera tricolor era izada lentamente por Cardona, el mejor alumno de mi curso, de ese curso al que me asomaba con expectativa el primer día del último año. Bandera e himno al mismo tiempo, toda la parafernalia simbólica de la nación mientras el Conejo Zambrana mascaba chicle y Lanza seguro que pensaba en Michelle y alguien decía «el que baña a su hermana paralítica tiene el secreto de la inmortalidad» y Chino le daba un codazo al Borracho Gómez y le contaba que esa tarde se iba a tirar a su empleada y Aldunate revisaba su maleta en busca de su tablero de ajedrez y Murciélagos no paraba de mencionar su flamante chamarra *Members Only* y Camaleón decía que el domingo había visto *Risky Business* con Tom Cruise y le había parecido alucinante y Torres comentaba que se acababa de comprar el casete de Cindy Lauper, *Girls Just Wanna Have Fun*, y el Salvaje se acomodaba la cristalería y yo pensaba en el crimen perfecto. Nublado cielo de marzo, día de aire inmóvil, «y en sus aras, de nuevo juremos, morir antes que esclavos vivir, morir antes que esclavos vivir».

Esa mañana Mario Martínez estaba cansado de plagios, de adaptaciones libres de Conan Doyle, Agatha Christie y compañía. Quería un crimen como antes no hubo otro igual, originales las huellas y las coartadas, el instrumento con el que se segó una vida, la motivación del asesino o la asesina, y ni qué decir de la forma en que resolvería el caso, tan brillante que Poirot y Sherlock Holmes palidecerían de envidia y, con la voz apagada, reconocerían hallarse ante la presencia de un detective mucho mejor que ellos. Pensaba en Martínez mientras escuchaba al padre Belloni, el nuevo director del colegio, chiquito, enclenque, calvo y con sandalias de fraile, la voz ondulante que tan pronto se agudizaba en un chirrido de frenos de automóvil como se agruesaba en un estruendo de trompe-

tas de banda militar. Había que seguir en posición de firmes, mientras se nos decía lo mismo de todos los lunes de todos los santos meses de nuestra existencia colegial, por qué no aprenderíamos de una vez a ser buenos; si lo hubiéramos hecho, esos discursos no tendrían razón de ser y por lo tanto no serían pronunciados, al menos ésa era mi optimista convicción.

Pero Belloni también decía algunas cosas nuevas en su chapurreado español. Decía que había acabado el período del estilo «liberal y moderno» con el que directores anteriores habían administrado el colegio. La relajación de las costumbres le había dado mala fama al Don Bosco. Era hora de volver a una educación basada en los viejos códigos de disciplina rigurosa y estrictas reglas de conducta. Se acababa, por ejemplo, el sistema de asistencia libre para el ciclo Medio: de ahora en adelante, la asistencia era obligatoria, y llegar a clases con diez minutos de retraso ya se consideraba una falta. Pensé que el italiano tenía un insoportable complejo de Napoleón. Los sarcásticos ruidos que hacían algunos de mis compañeros indicaban que ellos pensaban lo mismo, y que ya iban paladeando con gozo lo que le esperaba a Belloni.

—Es un soplanucas.

—No. Se la come.

—Es un mascalmohadas.

—Eso. Mascalmohadas.

—Tiene cara de pajero a la legua.

—Tejada se lo debe dar a la medianoche.

A mi izquierda y un poco por delante se encontraba Mauricio. Desde mi lugar podía ver su melena castaña, y si bien no veía el rostro podía adivinar los pómulos duros, la pequeña cicatriz en forma de medialuna en la frente y la media sonrisa que seducía a las chicas, y que también nos seducía a nosotros. Había que reconocerlo, tan hombrecitos pero nada que hacerle, de vez en cuando el cuerpo, el rostro y la mirada de un hombre nos conmovían. Claro que nos hacíamos los desentendidos, qué habría sido de nosotros si se hubiera corrido la voz. Siempre les dije a mis padres que un colegio mixto era más saludable para el espíritu.

Mauricio, el hijo del Ajedrecista (pero ésa es otra historia). Me preguntaba cómo haría para sonreír siempre. Tenía un arete en la oreja derecha, estaba de moda perforarse la piel, las cosas raras con las que nuestra generación procuraba ser diferente a las anteriores y a las posteriores. Pobre mi hijo, lo que le tocaría hacerse en el cuerpo para afirmar que su inestabilidad era única, muy diferente a inestabilidades pasadas y futuras. Le quedaba bien el arete, un detalle muy *sexy* aunque no original, seguro una vez más lo elegiríamos presidente y con el dinero del curso se daría la gran vida y nadie diría nada, nadie nunca decía nada. Había gente a la que ni siquiera se le perdonaba que hubiera nacido, a Mauricio se le perdonaba todo, te miraba y estabas listo. Pero mejor no continuar con eso de que los ojos eran el espejo del alma, me cansaban los escritores que decían «sus ojos denotaban tristeza, en su mirada se podía ver una resignada melancolía». En los ojos uno encontraba lo que quería encontrar, sobre todo clichés, pero también era cierto que Mauricio te miraba y ya está, le perdonabas todo y terminabas pidiéndole disculpas por lo que no habías hecho. Cuestión de nuestra insoportable debilidad ante la belleza.

Pero los sospechosos del crimen perfecto siempre tenían los ojos inexpresivos, al menos para quien escribía y los creaba, uno no quería despertar sospechas de entrada, decir que fulano de tal tenía una mirada maligna. O sí, pero si eso se decía, las intenciones eran otras, la mirada maligna era un desvío, el pobre fulano era un pan de Dios y lo único que se quería es confundirnos, hacer que sospecháramos de otros y no del criminal. Qué taimado el escritor de parte del asesino, por lo menos hasta el final. La mirada maligna la tenía Chino, y no era sospechoso de nada aunque era mejor no levantarle la voz porque te zarandearía como nunca en tu vida, capaz de torcerte el cuello como a gato recién nacido. Era el único que parecía inmune a Mauricio, el único de nosotros que no le pediría disculpas. Tan orgulloso Chino, detrás de Mauricio en ese instante, los *jeans* descosidos y llenos de remiendos, la gruesa manilla de plata en la muñeca derecha y las poleras que usaba hasta que perdían su color. Tan alto y fuerte, las piernas macizas y la espalda

ancha sin haber pisado jamás un gimnasio, suficiente tuvo con haber ayudado desde chico a su papá a cargar y descargar mercadería de camiones, a llevar pesadas cajas de un lado a otro. Una cara que metía miedo, una mirada que era un incendio, quién nos salvaría de su fuego.

—Este pequeño y pobre país está en crisis. Una crisis extrema, como pocas veces se ha visto. Sus papás hacen un gran *sacrifitzio* para que ustedes puedan asistir a este colegio. No olviden que son unos privilegiados y que deben responder con creces a este *sacrifitzio*. Sus papás esperan *molto* de ustedes. El país que heredarán espera *molto* de ustedes...

—Mascalmohadas.

—Se la chupa a don Bernardo.

—Al san Bernardo, querrás decir.

—No ofendas a los perros.

Ya terminaba el discurso, el acto que debía repetirse por lo menos treinta veces más ese año, como para enseñarnos hasta el cansancio que nada se aprendía sin la repetición, que los hechos únicos e irrepetibles estaban condenados al olvido. Y sin embargo todo era tan caprichoso. Nada nos aseguraba que aprenderíamos de la experiencia que conllevaba la repetición, nada nos aseguraba que recordaríamos los rituales de la adolescencia. Nada nos aseguraba que recordaríamos los hechos únicos. Podríamos olvidar lo que creíamos inolvidable, recordar lo que creíamos olvidable. Tendríamos experiencia, pero eso no nos salvaría de nada. Y acaso necesitaríamos del eterno retorno para valorar la mítica etapa de la vida que significaba el último año de colegio.

Pero no había eterno retorno: estos minutos no regresarían más, este día que iba camino de su fin no regresaría más, este año tampoco regresaría más, a lo sumo jirones de hechos y frases en las máquinas mezcladoras del sueño o la memoria, un recuerdo de la infancia incrustado en uno de la adolescencia y con un toque de la vida adulta, mezclado todo y batido al *frappé*. No había eterno retorno, y aprenderíamos de esta etapa cuando ya no hubiera manera de repetirla, aprenderíamos de la vida cuando

ya no hubiera manera de tener una segunda oportunidad sobre la tierra.

El aire estaba detenido, la tricolor nacional no flameaba al viento y descansaba enroscada en el mástil herrumbroso. En el cielo, cúmulos y cirros y cumulonimbos plomizos que asemejaba con esfuerzo a ovejas somnolientas o estilizados rinocerontes. Don Bernardo, con su inmensa costra en la mejilla derecha que motivaba morbosas especulaciones —cómo se la había hecho, o es que era una marca de nacimiento, a veces uno nacía y ya estaba marcado—, dio la orden del organizado desbande. Éramos los mayores, debíamos esperar hasta el final para ir en fila de a dos al curso. Qué alegría ver un edificio tan conocido, las paredes porosas de abominable color verde caca de loro, los gruesos pilares que sostenían la maciza estructura rectangular del segundo piso, el techo de calaminas crujientes que servía de pista de despegue a acrobáticos gorriones y golondrinas. La gloriosa cancha de pasto y las de cemento y las de tierra, flanqueadas por eucaliptos esqueléticos y molles que despedían una fragancia de almizcle que inundaba el patio y luego nos acompañaba en las ropas y el cuerpo el resto del día, hasta la ducha en la noche, si nos duchábamos. Las paredes que daban a las calles adyacentes, con los murales pintados anualmente por los estudiantes en la fiesta de María Auxiliadora: predecibles palomas de la paz y niños con beatíficas aureolas de amarillo chillón y ciudadanos honrados construyendo el país y, de vez en cuando, para cólera de los curas, la imagen del Che disfrazada de la de Jesús. Las angostas escalinatas que conducían a las oficinas de la administración y a los cursos de Intermedio y Medio. Las imágenes de Don Bosco y de la Virgen por doquier, y esas máximas de vida pintadas en las paredes de la biblioteca por un cura mexicano que entremezclaba a los existencialistas con la filosofía zen vía Simon & Garfunkel: «Uno encuentra el todo en la nada. Escucha el ruido del silencio y tendrás paz».

—¿Qué te parece Belloni?

—Un bolas tristes.

—Un pelotudo.

—Una mierda importada.

Qué alegría ver caras tan conocidas. De diciembre a marzo la mayoría desaparecía de nuestra mente y, de pronto, regresaban todos y las charlas se poblaban de nombres con eco, compañeros y profesores y amigos de otros cursos, sobre todo de Medio pero también algún que otro chiquillo de Intermedio, mi hermano Alfredo y sus amigos. El padre Fabrizio estrenaba sotana nueva, negra como los ojos de las gitanas en los cuadros de los pintores costumbristas, o acaso había descubierto la existencia de las tintorerías. Sabina, el de Música, estaba dejando las filas de los gordos para enrolarse en las de los obesos: la grasa que había acumulado su barriga le serviría para pasar el invierno. La de Matemáticas usaba ahora una peluca pelirroja, había perdido el pelo a los dieciséis años después de que su primer amor la dejara por una azafata del Lloyd, que a su vez dejó a éste por un *playboy* de la Colón, y así sucesivamente: encuentros y desencuentros que, en una ciudad pequeña, terminaban conectando a todos, la novia de hoy sería mañana la novia de nuestro mejor amigo, la amante del hermano acaso terminaría como esposa nuestra, y qué potencial en la hermana de la enamorada... Don Julio, esposo de doña Julia, el hombre múltiple (jardinero, portero, electricista y árbitro), se había dejado crecer un fino bigote. Barahona tenía un nuevo corte de pelo: vertiginosos mechones rubios suspendidos por un punto imantado más allá de la atmósfera. El Pavo se había estirado, el lugar de la elongación era el cuello de cisne insolente, lo que le daba a su rostro un aire de avestruz. El Salvaje y Tomás habían desperezado sus músculos, tríceps y pectorales fibrosos e irritables presionando en la piel estriada y llena de vellos y lunares. Había marcas como el rasguño de un perro en la mejilla izquierda de Jurgensen, decían que había tenido un accidente en moto.

—¿En qué piensas, maricón? —me preguntó Camaleón al entrar al curso.

—En que pronto comenzarán los relatos.

—¿Qué relatos?

—Qué hizo cada uno en las vacaciones. Qué peleas o aventuras amorosas o turbulencias familiares merecen ser recordadas y relatadas.

— ¿Podrías dejar de joder al menos el primer día?

Pronto comenzarían los relatos. Cómo había hecho Chino para aflojar las defensas de la empleada. Qué pócimas había empleado Michelle para continuar convenciendo a Lanza de que el siglo XII persistía en el XX y ella era la esperanzada dama para su patético Amor Cortés. Qué había motivado la fallida tentativa de suicidio del papá de Aldunate. Éramos máquinas de narrar en constante funcionamiento, debíamos contar una historia para que un pedazo de nuestras vidas adquiriera sentido. Sin una narración, la experiencia vivida no podía ser procesada. Y, como en los sueños, mezclábamos, no podíamos recordar todos los incidentes de la anécdota ni el orden exacto en que se sucedieron, el olvido o el añadido de un detalle cambiaban el significado de la historia que contábamos. Nuestras vidas, así, se iban pareciendo a nuestros sueños. Parecía que tenían más orden, pero no. Parecía que tenían más claridad, pero no. Vivíamos entre parpadeos, con los ojos entrecerrados, y lo que hoy estaba aquí pronto se desvanecía y no estaba más.

Quería que Mario Martínez supiera de estas cosas. Pero a la menor reflexión perdería a mis lectores. Mis lectores querían acción, un caso simple y entretenido, sin detectives melancólicos ni metafísicos asesinos bajo la lluvia. Un detective privado sin vida privada, sin un turbio secreto en su pasado, sin una mujer capaz de conmovirlo. Cinco años ya que la fórmula daba resultado, ¿cómo cambiarla sin el riesgo de perder público?

No necesitaba responderme a esa pregunta todavía; por lo pronto, otra cosa reclamaba mi atención. En el aire quieto de la mañana, pensaba en el crimen perfecto.